

desabrir por flacos é imperfectos que fueren. Y esto, lo uno por lo que toca á nosotros, porque el tener el otro mucha virtud y perfeccion, no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra. Lo segundo, por lo que toca á nuestros hermanos, porque no todos, ni todas veces están dispuestos ni tan á punto que dejen de sentir las faltas que se hacen con ellos.

Cuáles sean las palabras de que nuestros hermanos se pueden ofender, no es dificultoso de entender; porque por sí podrá sacar cada uno las palabras y el modo de decir las de que podrá gustar ó disgustar su hermano. Esta es la regla que nos dá el Espíritu Santo por el Sábío para saber cómo nos debemos de haber con nuestros hermanos: "Lo que toca al prójimo, enténdelo de tí mismo (1)." Mire cada uno, si se sintiera él de que el otro le hablase con sequedad, y de que le respondiese desgraciadamente, y de que le mandase con resolución y con imperio, y guárdese de hablar de esta manera, porque el otro también es hombre como él y se podrá sentir de lo que él se siente. También es muy buen medio para acertar á hablar como debemos, la humildad. Si uno fuere humilde y se tuviere por el menor de todos, no será menester mas; esto le enseñará cómo se ha de haber: nunca dirá á nadie palabra descompuesta ni de que se pueda ofender, sino á todos hablará con respeto y estima. Claro está, que no diria uno al superior: "no entiende vuestra reverencia lo que digo," porque le habla como inferior y le tiene respeto. Pues si dice esto y otras palabras semejantes á su hermano, es porque no se tiene por inferior á él, y así no le habla con respeto. Seamos humildes, y tengámonos por los menores de todos, como nos lo aconseja el Apóstol (2),

(1) Intelligé quae sunt proximi tui ex te ipso. *Eccles.* XXXI, 18.
(2) *Ad Philip.* II, 3.

y eso nos dirá las palabras que tenemos de hablar y el modo con que las tenemos de hablar. Pero fuera de estas reglas y remedios generales iremos diciendo en particular algunas maneras de palabras que son contrarias á la caridad, para que nos guardemos de ellas.

CAPITULO X.

Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes que puedan lastimar ó disgustar á nuestro hermano.

Cuanto á lo primero nos debemos de guardar mucho de decir palabras picantes. Hay algunas palabritas que suelen picar y lastimar á otros, porque disimuladamente le notan en la condicion ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó en alguna otra falta natural ó moral. Estas son unas palabras muy perjudiciales y muy contrarias á la caridad; y algunas veces se suelen decir por via de gracia y con donaire, y entonces son peores y mas perjudiciales; y tanto mas, quanto con mas gracia se dicen, porque quedan mas impresas en los oyentes y se acuerdan mas de ellas. Y lo peor es, que algunas veces suele quedar muy contento el que las dice, pareciéndole que ha dicho alguna delicadeza y mostrado buen entendimiento, y engañase mucho, que no muestra en eso sino mal entendimiento y peor voluntad; pues emplea el entendimiento que Dios le dió para servirle en decir dichos agudos que lastiman y escandalizan á sus hermanos y turban la paz y la caridad.

Dice Alberto Magno (1) que así como cuando á uno le huele mal la boca, es señal que tiene allá dentro dañado el hígado ó estómago, así también cuando habla palabras malas es señal de la enfermedad que hay allá dentro en el corazón. Y ¿qué diria San

(1) *Tract. de virt. cap. II de humilitate.*

Bernardo del religioso que es mordedor en los donaires? Si á cualquier gracia en la boca del religioso llama él blasfemia y sacrilegio (1), á las gracias que son perjudiciales cómo las llamará? Estas cosas son muy ajenas de Religion, y así todo lo que toca á esto ha de estar muy lejos de la boca del religioso, como es el tratar de apodos, y lo que dicen dar cordelejo ó fisgar, y el hacer ó referir coplas graciosas que toquen falta ó descuido de alguno, y otras cosas semejantes, y ni en burlas ni en veras es razon que se permitan. Y por si lo juzgará cada uno, ¿gustárades vos de que otro os apodara y que todos se rieran de que os cuadraba muy bien el apodo? Pues lo que no querriades que se hiciese con vos no lo hagais vos con otro, que esa es la regla de la caridad. ¿Hogaríades de que en diciendo alguna palabra notable luego haya quien se precie de no dejarla caer en el suelo, como dicen, y haga platillo y conversacion de ella? Claro está que no; pues ¿cómo quereis para otro lo que no querriades para vos, lo que sentiríades y quedaríades muy corrido si se hiciera con vos? Aun solo el nombre de cordelejo y de fisgar ó apodar ofende y parece mal en la boca de un religioso, quanto mas la obra; y así habiamos de aborrecer tanto esto, que ni aun los nombres de ello tomásemos en la boca, como dice San Pablo del vicio deshonesto: "La fornicacion y cualquiera otra inmundicia no se nombre entre vosotros, como conviene á los Santos (2)." De la misma manera ha de ser en esto y así lo añadió San Pablo, y lo juntó con esotro: "Ni torpeza, ni palabra necia, ni picante, que no es del caso (3)." No dice con la santidad que profesamos, ni aun

(1) *Bernard. lib. II de consid. ad Eugen.*
(2) Fornicatio autem, et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut deceet Sanctos. *Ad Eph.* V, 3.
(3) Aut turpitud, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet. *Ib.*
B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

el nombrar esas cosas. Dice muy bien San Bernardo: "Si de las palabras ociosas tenemos de dar cuenta á Dios el dia del juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas? ¿qué será de las que tocan á mi hermano? ¿qué será de las perniciosas (4)?"

CAPITULO XI.

Que nos debemos de guardar de porfiar, contradecir, reprender y de otras palabras semejantes.

Habémonos también de guardar de porfiar con otro ó contradecirle, porque esta es una cosa muy contraria á la union y caridad fraterna; y el Apóstol San Pablo nos avisa de ella escribiendo á su discípulo Timoteo: "Guárdate de porfias y contiendas, porque esas no sirven sino de desedificar á los que oyen (2)." Y un poco mas adelante dice: "Al siervo de Dios no le conviene porfiar," que eso quiere decir allí *litigare*, "sino ser manso y pacífico con todos (3)." Y así los Santos nos encomiendan mucho esto, y de ellos lo tomó nuestro Padre y nos lo puso en las reglas (4). San Doroteo dice que mas querria que no se hiciese la cosa, que no que hubiese contiendas y porfias entre los hermanos; y añade: "mil veces repetiré esto (5)." San Buenaventura dice que es cosa muy indigna de los siervos de Dios porfiar y tener contiendas como las tienen las mugercillas y vendederas (6). San Juan Clímaco aña-

(1) Etenim si pro otioso verbo reddet unusquisque rationem in die iudicii, quanto magis pro verbo impunitatis, et turpitudinis, et impietatis? *Bernard. de ordine vitae et morum instit.*
(2) Noli contendere verbis, ad nihil enim utile est, nisi ad subversionem audientium. *II. ad Tim.* II, 14.
(3) Servum autem Domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad omnes, docibilem, patientem. *Ib.* 24.
(4) *Reg.* 28 *communium.*
(5) *Milites* repetam hoc. *Doroteus.*
(6) *Muliereularum* more. *Bonavent. in speculo disciplinae*, p. 3, cap. 3.

de (1) que el que es porfiado en llevar adelante su parecer, aunque sea verdadero, tenga por cierto que el demonio le mueve á ello, y la razon es, porque lo que suele mover á esto es el apetito demasiado que tienen los hombres de honra humana; por esto procuran salir con la suya, por parecer sábios y entendidos y quedar vencedores, ó por no parecer menos que los otros, y asi el demonio de la soberbia es el que les mueve á esto.

Dos faltas puede haber aqui: la una es del que contradice á otro, que es el principio de la contienda y porfia, y el que emprendió el fuego, y asi es mayor su culpa. En la cosa de que se trata muchas veces no va nada en que sea así ó así, y en perder la paz y la caridad, lo cual se suele seguir de ahí, va mucho. El otro dice aquello con buena fé y entiende que es así: dejadle con su buena fé, pues no va nada en ello. Dice el Sábio: «no tengais espíritu de contradicción, que es mal espíritu; especialmente sobre lo que no os va ni os viene (2).» Aun cuando ello fuese algo, ó se le pudiese seguir algun inconveniente á vuestro hermano de quedarse en aquel parecer, dicen que es buen consejo no contradecirle entonces, sino despues á parte declararle la verdad para que no quede en error, y con eso se consigue el fin y se evitan los inconvenientes.

La otra falta que hay que advertir aqui, es que cuando aconteciere que otro alguno os contradiga, no porfiéis vos, ni queráis llevar adelante vuestro parecer y salir con la vuestra, sino despues que hubiéredes afirmado una ó dos veces lo que teneis por verdad, si no os creyeren, dejad á los otros sentir lo que quisieren. Y esto ha de ser callando, como si mas no supiédes, no con

(1) Climacus. cap. 4.

(2) De ea re quae te non molestat, ne certeris. Eccl. XI, 9.

un sonsonete con que algunos no tanto se muestran rendidos, quanto deseosos de parecerlo y de que los otros queden cargados.

El ceder uno como debe de su derecho y dejarse vencer en semejantes contiendas y porfias, y apartarse de ellas, dice el Sábio (1), que es de nobles y generosos corazones. Y con mucha razon dice esto, porque este tal hace en esto un acto de caridad con el prójimo, atajando las amarguras y enojos que de las contiendas y porfias se suelen seguir; y hace un acto de humildad para consigo venciendo el apetito de querer salir vencedor y con honra; y hace un acto de amor de Dios escusando las culpas que se podian seguir de la porfia, conforme aquello del Sábio: «Apártate de las contiendas y disminuirás los pecados (2).» Y por el contrario, el que porfia, fuera de la desedificacion que en eso dá, es causa de que se pierda la paz y caridad, y que se sigan de ahí muchos inconvenientes y amarguras, y en lugar de ganar honra y estima, como él pretendia, la pierde, porque le tienen por cabezudo y amigo de salir con la suya y que no sabe dar de sí. De Santo Tomás de Aquino se dice (3) que en las disputas escolásticas nunca contradecia á ninguno porfiadamente, sino decia lo que sentia con increíble mansedumbre y templanza de palabras, y sin despreciar á nadie, antes con estima de todos, porque no pretendia salir de la disputa victorioso, sino que la verdad fuese conocida. Bien sabido es tambien el ejemplo de aquellos dos viejos que moraban juntos en una celda y nunca habian tenido rencilla ni porfia entre sí, y quisieron probar á ver si sabrian porfiar sobre cuyo era

(1) Honor est homini, qui separat se a contentionibus. Prov. XX, 3.

(2) Abstine te a lite, et minues peccata. Eccl. XXVIII, 10.

(3) In historia ordin. Praedicat. p. 1, lib. 2, cap. 14.

un ladrillo, y no acertaron (1). Asi nosotros no habemos de acertar á porfiar.

Tambien se ha uno de guardar de entremeterse en reprender y corregir á su hermano, aunque le parezca que lo hace con caridad y con buen modo, porque este es oficio del superior: y tener un superior ó dos que nos avisen y reprendan llévase con algun consuelo; pero que el que no es superior quiera usurpar ese oficio, no se lleva bien. No gustan los hombres comunmente de ser corregidos y reprendidos de sus iguales. Y asi tenemos regla (2) que ninguno mande cosa alguna ni rependa á otro sin tener autoridad para ello del superior. Asi como no puede uno maudar á otro sin tener autoridad del superior para ello, asi ni corregir. No es este negocio para fiar de todos; aun el mismo superior, para haber de corregir á uno y avisarle de su falta, lo ha menester mirar primero muy bien, y aguardar su coyuntura, y medir las palabras que le ha de decir y el modo con que se las ha de decir para que la correccion y aviso se reciba bien y entre en provecho, y es todo menester. Y ¿querrá el otro sin mas ni mas decir luego la falta á su hermano y muchas veces inflagrante color de celo? no es ese celo de caridad, sino una cosa muy contraria á la caridad y que antes suele dañar que aprovechar; porque, aunque tuviédes mucha razon en ello, está á la mano la tentacion del otro, que dirá luego entre sí, (y plega á Dios no os lo diga de palabra), qué quién os hizo á vos superior, y para qué os entremeteis en oficio ageno (3). Si vos decís al otro que lo que hace es contra regla, él os podrá decir que el reprenderle vos á él tambien es contra regla.

(1) In vitis Patrum, p. 2, §. 92.

(2) Reg. 31 commun.

(3) Quis te constituit principem, et iudicem super nos? Ecod. II, 14.

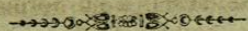
Cuéntase de Sócrates (1), que estando comiendo con otros sus amigos en casa de un hombre principal que los habia convidado, reprendió ásperamente á uno de ellos, por no sé qué falta que le vió hacer en la mesa, al cual Platon, que estaba tambien allí presente, dijo: «¿no fuera mejor dejar eso para despues y reprenderle á parte?» Replicó Sócrates, «¿y no fuera tambien mejor que vos me dijéades eso despues á parte?» rechazándole agudamente su reprension y nó-tándole que hacia él lo que reprendia. De esto sirven estas reprensiones. Y asi no solo no es ese celo, ni caridad, antes muchas veces mala condicion del que reprende é impaciencia é inmortificacion suya que le dá tan en rostro la falta de su hermano, y aun algunas veces lo que no es falta, que no se puede contener hasta decirselo, y con aquello parece que descansa y queda satisfecho. No puede ó no quiere mortificarse á sí y quiere mortificar al otro. El espíritu de mortificacion y de rigor es muy bueno que le tenga cada uno para sí, pero para su hermano siempre ha de tener un espíritu de amor y suavidad, que eso es lo que nos enseñan los Santos por palabra y por ejemplo, y lo que ayuda mucho á la union y caridad fraterna. De aqui se verá, que si no es bueno reprender y corregir á vuestro hermano, aun cuando á vos os parece que lo haceis con buen modo y con caridad y blandura, menos lo será cuando le dais á entender la falta, no con tan buen modo ni con tan buen término como eso, y asi nos habemos de guardar mucho de eso, y generalmente de todas las palabras que pueden mortificar á nuestros hermanos.

Cuenta Casiano (2) que, disputando una vez el abad Moses con el abad Macario,

(1) Socrates in apoleg.

(2) Cassian. collat. 7, c. 27.

le vino á decir una palabra mortificativa y algo descompuesta, y luego al punto le castigó Dios, permitiendo que entrase en él un demonio tan feo y sucio que le hacia meter en la boca horras é inmundicias, hasta que haciendo oracion el abad Macario, fué libre de él; para que se vea cuánto aborrece Dios esta falta, pues así la castigó en un tan grande siervo suyo y de tan probada santidad, cual sabemos que fué el abad Moisés. Y á imitacion de este castigo, leemos en las Crónicas de la orden de San Francisco (1), que un fraile viejo delante de un hombre noble de Asis dijo á otro fraile unas palabras ásperas y desabridas con alguna cólera; empero en diciéndolas volvió en sí, y viendo á su hermano turbado por aquellas palabras, y á aquel seglar mal edificado, encendido en venganza contra sí mismo, tomó estiércol y entrólo en su boca, y mascándolo decía: «estiércol masque la lengua que contra su hermano derramó veneno de saña.» Y dicese allí que quedó aquel hombre noble muy edificado y como fuera de sí, viendo el celo y fervor con que aquel religioso satisfizo á su culpa, y quedó con mayor devocion á los frailes, ofreciendo á sí y á todas sus cosas para servir á la Orden.



CAPITULO XII.

Del buen modo y buenas palabras con que se ha de ejercitar el oficio de caridad.

El bienaventurado San Basilio en un sermón que hace exhortando á la vida monástica, dá un aviso y documento muy bueno para los que se ocupan en oficios esteriore, del modo que han de tener en ejercitarlos. Cuando os cupiere, dice (2), hacer

(1) 1. p. lib. 2. cap. 25. *Histor. minor.*
(2) In eo advigila, ut ad laborem corporis verborum etiam lenitatem adhibeas. *Basil. in princip. 2 tom.*

estos oficios, no os habeis de contentar solamente con el trabajo corporal, sino habeis de procurar hacer con buen modo lo que haceis, y tener blandura y suavidad en vuestras palabras, para que los demas entiendan que haceis aquello con caridad y así les sea grato vuestro ministerio. Que es lo que dice el Eclesiástico (1): «Hijo, en las cosas buenas no des motivó de queja, y en todo lo que dieres no causes tristeza con tus palabras. Como el rocío resfria el ardor, así la buena palabra mejor que las dádivas; y ves aquí cómo las palabras son de mas importancia que los dones.» Esta es la sal que dice San Pablo que ha de hacer gracioso y gustoso todo lo que haceis. Mas vale y mas se estima el modo y gracia con que servís y las buenas palabras con que respondeis que todo cuanto haceis. Y por el contrario, entended, que por mucho que trabajéis y os canséis, si no lo haceis con buen término y teneis buenas palabras y respuestas, no se estimará, ni tendrá en nada, sino todo parece que lo perdeis. Vuestras palabras y respuestas, dice el Apóstol (2), siempre han de ir llenas de sal de gracia y de suavidad, que me place y de muy buena voluntad. Por estar vos ocupado y tener mucho que hacer, y aunque no podáis hacer lo que os piden, no por eso habeis de responder sacudida y desgraciadamente á vuestro hermano; antes entonces habeis de procurar que la respuesta sea tan buena que vaya el otro tan contento y satisfecho como si lo hiciéades, viendo vuestras entrañas, como diciendo: «por cierto que me holgara mucho de hacerlo si pudiera, pero ahora no puedo. ¿Bastará hacerlo

(1) Fili in bonis non des quaerelam, et in omni dato non des tristitiam verbi mali: nonne ardorem refrigerabit ros? Sic et verbum melius quam datum: nonne ecce verbum super datum bonum? *Ecl. XVIII, 15.*

(2) Sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere. *Ad Colos. IV, 16.*

despues? Y si es por no tener licencia, decir: «yo iré á pedir licencia para ello.» Lo que no pudiédes cumplir con la obra, suplido con buenas palabras, de manera que se entienda vuestra buena voluntad. Esto es tambien lo que dice el Sábio (1): las palabras dichas con gracia y que muestran entrañas de amor, siempre han de abundar en el hombre bueno y virtuoso, porque con eso se conserva mucho la caridad y union de unos con otros.

Dice San Buenaventura que nos habeis de avergonzar de decir palabra áspera y desabrida que pueda ofender ó disgustar á nuestro hermano, aunque sea súbitamente y sea primer movimiento, y aunque la palabra sea muy liviana. Y si alguna vez aconteciere descuidarnos en esto, que luego habemos de procurar confundirnos y humillarnos y satisfacer á nuestro hermano, pidiéndole perdon. De San Dositeo se cuenta que era enfermero y andaba con particular cuidado de no encontrarse con nadie, sino hablar á todos con mucha paz y caridad; pero como trataba con tantos, unas veces con el cocinero, sobre si se ha de poner aquí esta olla; otras con el dispensero, porque no le daba lo mejor para los enfermos, ó porque no se lo daba luego; otras con el refectorio, porque le llevaba algunas cosas del refectorio: algunas veces hablaba alto, y decía alguna palabra áspera y desabrida; y confundíase tanto cuando le acontecia esto, que se iba á su celda y postrado en tierra, hartábase de llorar hasta que iba allá San Doroteo su maestro que lo entendia: «¿qué es esto, Dositeo, qué has hecho?» Él decía luego su culpa con muchas lágrimas: «Padre, hablé con desdén á mi hermano.» San Doroteo reprendiale muy bien la falta: «¿Esta es la humildad? ¿vivo estas todavía?»

(1) Et lingua eucharis (id est, gratiosa) in bono homine abundat. *Ecl. VI, 5.*

Despues que le habia reprendido, deciale: «Ahora levántate, que Dios te ha perdonado; comencemos de nuevo.» Y dice que se levantaba con una alegría como si oyera de la boca de Dios que le perdonaba, y tornaba á proponer de nuevo de nunca hablar á nadie con desabrimiento y aspereza.

Para que todos, así los que hacen los oficios de caridad como los que los reciben, se aprovechen, dá San Basilio dos avisos breves y sustanciales. Pregunta el Santo (1): «¿Cómo haremos bien este oficio de servir á nuestros hermanos?» Y responde: «Si hacemos cuenta que sirviendo al hermano servimos á Cristo, pues él dijo (2): «De verdad os digo, que lo que hicistes con el menor de vuestros hermanos, conmigo lo haceis.» Haced vos las cosas como quien sirve á Dios y no á hombres, y de esa manera las hareis bien, con buen modo y con buena gracia.» Y pregunta luego: «Y ¿cómo tengo yo de recibir el oficio que mi hermano me hace?» Responde: «Como cuando el Señor sirve á su siervo (3), y como se hubo San Pedro cuando el Señor le quiso lavar los pies. «Vos, Señor, me lavais á mí los pies (4).» De esta manera conservarse há por una parte la humildad, así en los unos como en los otros: porque ni el uno se desdeñará, ni causará de servir á su hermano, porque le mira como á hijo de Dios y hermano de Cristo, y hace cuenta que en él sirve al mismo Cristo; ni el otro se engreirá de que todos le sirvan; antes se confundirá y humillará mas con eso, considerando que no es por él, sino por Dios (5). Y por otra parte se conservará y aumentará mucho la caridad de unos con otros por la misma razon.

(1) Basil. q. 160 et 161, ex brevior.
(2) *Matth. XXV, 40.*
(3) Velut servus ab hero. *Basil., ib.*
(4) Domine, tu mihi lavas pedes? *Johann. XIII, 6.*
(5) Non tibi, sed Religioni.

CAPITULO XIII.

Cómo nos debemos haber cuando hubo algun encuentro ó disgusto con nuestro hermano.

Pero porque, al fin, somos hombres, y no están todos siempre tan sobre los estribos que no se descuiden alguna vez en decir alguna palabra áspera ó desabrida, ó en dar alguna ocasion de ofension á sus hermanos, será bien que veamos cómo nos habemos de haber entonces.

Cuando esto aconteciere, no habemos de responder al mismo tono áspera y desabridamente, sino ha de haber en nosotros virtud y humildad para llevarlo bien y saberlo disimular. No ha de ser tan pequeño el fuego de nuestra caridad que goticas de agua le apaguen; que por eso dice San Basilio (1) que la llamó San Pablo «caridad hermanable (2),» para denotar que no ha de ser el amor ligero ni como quiera, sino señalado, fervoroso y fuerte. Mucho es de desear que nadie dé ocasion á su hermano, ni en obra ni en palabra, del menor disgusto del mundo; pero tambien es de desear que no sea uno tan de vidrio, ni tan niño y tierno en la virtud, que por una nonada luego se descomponga, y hable alto y pierda la paz. Mejor sería que nadie reprendiese á otro, ni se entremetiese en oficio ageno; pero cuando aconteciere que alguno se desmande en eso, no es razon que luego el otro le dé en rostro con ello, diciendo: si tiene licencia para reprender, ó que hay regla que ninguno se entremeta en oficio de otro, que eso no sirve sino de hacer algo lo que fuera nada callando y disimulando. Cuando da alguna cosa dura con otra dura, suena y hace ruido; pero si lo duro da en blando, no se oye ni se siente. Una bala de una culebrina vemos que des-

(1) Basil. in quaest. brev. quaest. 242.
(2) Caritas fraternitatis maneat in vobis. Ad Hebr. XIII, 1.—Charitate fraternitatis invicem diligentes. ad Rom. XII, 10.

hace una torre de muy buena cantería y hace mucho ruido, y en unas sacas de lana se amortigua con aquella blandura y pierde su fuerza. Asi dice Salomon: (1) «La respuesta blanda y suave, quiebra y ataja la ira: y por el contrario, la respuesta áspera y desabrida la despierta y enciende mas;» porque es echar leña al fuego contra lo que dice el Sábio: «No echarás en su fuego leña (2).» No habéis de avivar, ni cebar el fuego con vuestras respuestas, sino ha de haber tanta blandura y virtud en vos, que aunque alguna vez os digan alguna palabra dura y áspera, no haga ruido, ni se sienta ni se eche de ver, sino que allí se hunda y amortigüe.

San Doroteo (3) nos enseña un humilde modo de responder en estas ocasiones. Dice, que cuando otro nos hablare ásperamente y nos reprendiere, y aun cuando nos dijere lo que no hicimos, que con todo esto respondamos con humildad, pidiéndole perdón, como si nosotros le hubiéramos dado ocasion aunque no se la hayamos dado, y digamos: «Perdóneme, hermano, y ruegue á Dios por mí.» Y trae esto de uno de aquellos padres antiguos que le aconsejaba asi.

Si de esta manera andamos pertrechados los unos por una parte con mucho cuidado de no ofender ni dar ocasion alguna de disgusto á nuestros hermanos, y los otros por otra parte muy apercebidos para sufrir y llevar bien cualquier ocasion que se ofreciere, viviremos con mucha paz y union.

Pero cuando alguna vez faltáredes en esto y aconteciere que tuvistes algun encuentro con vuestro hermano, porque él se desmandó, y en vos no hubo tanta virtud y humildad que lo supiédeses llevar y disimular, sino que dió duro con duro y hizo algun ruido, de manera que vos quedastes

(1) Responsio mollis frangit iram, sermo durus suscitatur furorem. Prov. XV, 1.
(2) Non strues in ignem illius ligna. Eccl. VIII, 4.
(3) Doroteus. doct. 13.

ofendido y sentido de vuestro hermano, y él tambien de vos por la respuesta y retorno con que correspondistes, entonces dice San Buenaventura, que no ha de durar ese sentimiento con vuestro hermano, ni en el uno ni en el otro, sino que habeis de procurar satisfacerle y reconciliaros con él luego antes de comer, ó á lo menos antes que os vais á acostar. Y trae para eso aquello de San Pablo: «No se ponga el sol sobre vuestra ira (1);» acábase antes de la noche. Y el modo de satisfacer y reconciliarse, dice que ha de ser pidiéndose perdón el uno al otro. Y nuestro Padre nos avisa de esto mismo en las Constituciones. «No se ha de permitir, dice (2), ni dar lugar á que haya algun enojo ó perturbacion entre los nuestros; pero si alguna cosa de estas acaeciese por nuestra flaqueza é instigacion del enemigo, que anda siempre soplando y atizando el fuego de la discordia entre los hermanos, háse de procurar que luego con debida satisfaccion vuelvan á su primera hermandad y gracia.» Y entre otros avisos espirituales que andan de nuestro Padre manuscritos dice uno que, en habiendo algo de esto, luego se pidan perdón el uno al otro; y esta es la debida satisfaccion que piden las Constituciones, con esa humildad se repara la quiebra de la caridad, como lo notó muy bien San Bernardo diciendo (3): «Sola la humildad repara las quiebras de la caridad,» y todos habemos de ser muy fáciles en pedir perdón y en perdonar, conforme á aquello del Apóstol: «Sufriéndoos unos á otros y perdonándose las quejillas que hay de unos con otros (4);» antes cada uno ha de procu-

(1) Sol non occidat super iracundiam vestram. Ad Ephes. IV, 26.
(2) III p. Const. c. 1, littera p. et habetur regula 32, officii Rectoris.
(3) Sola humilitas est laesae charitatis reparatio. Bernard. Serm. 2, de natali Domini.
(4) Supportantes invicem et donantes vobismet ipsis, si quis adversus aliquem habet quaerelam. Ad Colos. III, 13.

rar prevenir al otro en esto, no esperando ni consintiendo que el otro le lleve en eso la corona (1); porque el que comienza á dar de sí humillándose, y yendó primero á pedir perdón, ese gana grande corona. Y asi el mas antiguo, y el que tiene ó habia de tener mas prendas de virtud y de mortificacion, ha de procurar ser el primero en esto, y ceder de su derecho, y no mirar en puntos, ni si soy yo el agraviado ó tengo mas razon. Cuando riñeron los pastores de Abraham y de Lot su sobrino sobre el pasto de los ganados, luego Abraham cedió de su derecho y dió á escoger á Lot, diciéndole: «No haya, te pido, quejas entre tú y yo, ni entre tus pastores y los míos, porque somos parientes muy cercanos. Delante tienes toda esta tierra; apártate, te ruego. Si fueres por la izquierda, yo iré á mano derecha; y si la derecha eligieres, yo caminaré por la izquierda (2).»

En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monge, que siempre que comulgaba, le hacia el Señor tanto regalo que le parecia que recibia un panal de miel, y le duraba aquella suavidad y dulzura tres dias. Acaecióle un dia, que reprendió á otro y fué algo demasiado, y fuese á comulgar sin reconciliarse con su hermano, y aquel dia, dice, que sintió en su boca una amargura mas que hiel, porque no cumplió lo que manda Cristo nuestro Redentor en el Evangelio cuando dice (3): «Si ofreces tu don ante el altar, y allí te acordares que tu prójimo tiene alguna cosa contra

(1) Ut nemo accipiat coronam tuam. Apoc. III, 2.
(2) Ne quaeso sit iurgium inter me, et te, et inter pastores meos, et pastores tuos; fratres enim sumus. Ecce, universa terra coram te est, recede a me, obsecro; si ad sinistram ieris, ego dexteram tenebo; si tu dexteram elegeris, ego ad sinistram pergam. Gen. XIII, 8.
(3) Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo, et tunc veniens offers munus tuum. Matth. V, 23.

U, vé primero y reconcílate con tu hermano, y entonces ven á hacer tu ofrenda." En lo cual se verá cuánto estima el Señor que se reconcilie uno luego con su hermano, pues aunque esté al pie del altar, quiere que se vuelva y se reconcilie con él antes de ofrecer su sacrificio.

CAPITULO XIV.

De tres avisos que habemos de guardar cuando otro nos dió alguna ocasion de disgusto.

De lo dicho podemos colegir tres avisos que habemos de guardar cuando nuestro hermano nos ofendió ó nos dió alguna ocasion de disgusto. El primero es que habemos de estar muy lejos de desear vengarnos. Todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo, y ningun miembro herido del otro se vengó de él, ni hubo jamas muchacho tan loco que porque se mordió la lengua se sacase con enojo los dientes que hicieron el maleficio: de casa son, ya que se hizo un daño no se hagan dos. Asi habemos de decir nosotros cuando otro nos ofendiere: «mi cuerpo es, perdonémosle, no le hagamos ni deseemos mal: ya que hubo daño, no haya dos en este cuerpo de la Religion (1).» No trato de venganza en cosa grave, porque acá en la Religion muy agenos están y han de estar todos de eso; sino trato de cosas livianas que le parece á uno que las puede desear y hacer sin pecado grave. Dice el otro: «no deseé yo que le viniese mal á mi hermano; mas cierto que le quisiera decir dos palabras que las sintiera, y echara de ver que habia hecho mal en aquello.» Y el otro se huelga de la reprension y de la penitencia que dan á aquel con quien tiene alguna tema. Y el otro tiene no sé qué contento ó complacencia de que no le sucedió bien tal cosa y de

(1) Nulli malum pro malo reddentes. Ad Rom. XII, 17.

que quedó mortificado y humillado. Eso venganza es, mala cosa es; este tal no ha perdonado de todo corazon; con algun escrúpulo dirá aquello de la oracion del *Pater Noster*: «perdonanos, Señor, nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores (1).» En cierto modo seria mas esto acá entre nosotros que en los del mundo desear venganza grave de sus enemigos. «No digas, dice el Sábio (2): como lo hizo conmigo, asi haré yo con él.» No deseéis á vuestro hermano otro tanto como él os hizo á vos, porque eso es desear vengarnos.

Lo segundo, no solamente habemos de estar lejos de desear género alguno de venganza del que nos ofendió, sino guardarnos tambien de otra cosa que á los del mundo parece licita. Suelen decir los del mundo: «yo no quiero mal á fulano; pero no me entrará mas de los dientes adentro.» Quedan allá en su corazon con una acedia y aversion con aquel que les injurió, que no le pueden tragar le allí adelante, como ellos dicen. En los seglares se tiene esto por malo, y aun algunas veces dudamos si han cumplido en rigor con la obligacion del precepto, porque esto suele ser causa de que le quiten la habla y den algun escándalo. Pues cuánto mayor falta seria, si acá entre nosotros hubiese algo de esto y quedase en vuestro corazon alguna amaritud ó disgusto contra vuestro hermano, y que ya no le mirádeses como de antes, como ayer y antes de ayer (3)? Esa es cosa muy agena de Religion. «Toda amargura, ira y enojo se aparte de vosotros», dice el Apóstol (4): No ha de quedar en nosotros raiz, ni rastro

(1) *Matth.* VI, 12.
(2) Ne dicas: quomodo fecit mihi, sic faciam ei. *Prov.* XXIV, 29.
(3) Sicut heri, et nadius tertius. *Génes.* XXXI, 2.
(4) Omnis amaritudo, et ira, et indignatio tollatur a vobis. *Ad Ephes.* IV, 31.

de amargura, ni de aversion. «Sed benignos y misericordiosos, perdonándoos recíprocamente, como Dios en Cristo nos perdona á nosotros (1).» Habemos de ser muy benignos unos con otros y muy misericordiosos y muy fáciles en olvidar las injurias, y esto muy de corazon; ¿sabéis qué tan de corazon? dice San Pablo, «como Dios nos perdona á nosotros (2).» Mirad cuán de corazon nos perdona Dios cuando nos arrepentimos y le pedimos perdon de nuestros pecados: no le queda á Dios enojo ni ojeriza ninguna, ni queda rostrituerto con nosotros, sino amigos como de antes; asi nos quiere y ama Dios como si nunca le hubiéramos ofendido, y no nos da en rostro con los pecados pasados, ni se acuerda mas de ellos (3). Pues de esa manera habemos de perdonar nosotros, y de esa manera nos habemos de olvidar de las injurias; no ha de quedar en nosotros aversion ni ojeriza ninguna con nuestro hermano, sino como si nunca nos hubiera ofendido ni hubiera pasado nada entre nosotros. Si queréis que Dios os perdone á vos de esta manera, perdonad vos tambien asi á vuestro hermano, y sino, temed lo que dice Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio: «Así se habrá mi Padre celestial con vos, como vos os hubiéredes con vuestro hermano.» «Perdonad y sereis perdonado: con la medida que midieres á otros, con esa sereis medido (4).»

Lo tercero, con que se declara mas lo pasado, dice San Basilio (5) que asi como

(1) Estote autem invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis. *Ad Ephes.* IV, 32.
(2) Sicut et Dominus donavit vobis, ita et vos. *Ad Colos.* III, 13.
(3) Et peccatorum et iniquitatum eorum jam non recordabor amplius. *Ezech.* XVIII, 22.—*Ad Hebr.* X, 17.—Et projiciet in profundum maris omnia peccata nostra. *Michea* VII, 19.
(4) Sic et Pater meus coelestis faciet vobis, si non remisistis unusquisque fratri suo de cordibus vestris. *Matth.* XVIII, 35.—Dimittite, et dimittimini; eadem quippe mensura qua mensi fueritis, remetietur vobis. *Luc.* VI, 37.
(5) *Basil. serm.* IV, de *inst. Mon.*

no habemos de tener aficion particular á ninguno, porque estas amistades particulares son causa de muchos inconvenientes, como despues diremos (1), asi tampoco habemos de tener aversion con ninguno, porque esas aversiones son tambien causa de muchos inconvenientes. Y ¿qué mayor inconveniente que si (lo que Dios no quiera) se nos entrase acá este language: «fulano no se lleva bien con fulano; despues que sucedió tal cosa no se tratan como solian; anda torcido con él, están encontrados?» Encuentros son estos que bastan para dar en tierra con la Religion. Porque si en esto quiere Cristo nuestro Redentor (2) que nos conozcan por discípulos suyos, en que nos amamos unos á otros, el que no tuviere esto sino lo contrario, no será discípulo de Cristo ni buen religioso. Pues para remedio de esto, asi como cuando sentís alguna aficion particular á alguno, habeis de procurar con diligencia desecharla para que no se arraigue en vuestro corazon ni se enseñoree de él; y particularmente avisan los maestros de la vida espiritual que es menester entonces tener mucha cuenta con que no salga á luz esa voluntad y aficion particular, ni se muestre en las obras, ni la pueda entender ni echar de ver nadie, porque eso es lo que suele escandalizar y ofender mucho: asi tambien, cuando sintiéredes alguna aversion ó disgusto contra alguno, lo habeis de procurar desechar luego con mucha diligencia para que no prenda ni eche raices en vuestro corazon. Y particularmente habeis de procurar que en ninguna manera se pueda echar de ver en las obras que teneis esa aversion ó tentacion, porque eso es lo que puede causar mucha ofension y muchos inconvenientes. Y no solamente habeis de

(1) Cap. 18.
(2) *Joann.* XXIII, 33.